

## El Atlántico, un espacio político compartido. La prensa chilena y las revoluciones francesas de 1830 y 1848\*

José SALDAÑA FERNÁNDEZ  
Universidad de Valparaíso

Los movimientos revolucionarios de 1820, 1830 y 1848 disponen de una evidente matriz europea. Definidos en clave continental, constituyen una suerte de escenario compartido en el que los sentimientos y las acciones nacionales conflúan en una conciencia internacionalista de esencia liberal, en clara confrontación con el modelo del absolutismo restaurado posnapoleónico. En este contexto, como refiere Ángeles Lario, desde 1815 se extendió por Europa una “epidemia de conspiraciones” que provocó en los gobernantes de la Restauración “un miedo extremo a que se reavivara la hoguera de la revolución”<sup>1</sup>. Eso sí, esa “epidemia de conspiraciones” fue dotándose de nuevos contenidos y significados a lo largo de sus tres décadas de desarrollo, de tal manera que al juego de tensiones y conflictos que definía la oleada de 1820 venían a sumarse otros factores en 1830 y 1848 a la luz de las nuevas realidades políticas, sociales, económicas e ideológicas de aquellos trascendentales años. En palabras de Judith Casali y Luciano de Privitellio,

La dialéctica dominante durante 1815 a 1830 entre reacción y liberalismo se desplaza ahora a la lucha entre el liberalismo y las fuerzas democráticas y socialistas. El viejo temor a la democracia, siempre presente en el modelo de los notables y oculto transitoriamente por una estrategia política frente al absolutismo, reaparece entonces como una “pesadilla recurrente” rápida y violenta, conmoviendo ya no los pilares políticos sino sociales del liberalismo<sup>2</sup>.

En definitiva, las oleadas revolucionarias que tuvieron lugar en Europa en la primera mitad del siglo XIX se establecen como momentos esenciales en el proceso de conformación e implantación del liberalismo, dando impulso además a lecturas más extensas y complejas respecto a las primeras formulaciones prácticas de la nueva cultura política liberal que las auspiciaba. Ahora bien, aun reconociendo la importancia de este fenómeno desde una clave europea, no parece que sus contornos puedan situarse exclusivamente en los límites precisos del Viejo continente. No hay que perder de vista, por ejemplo, que al otro lado del Atlántico se estaba asistiendo durante aquellos mismos años al proceso de formación de nuevos Estados nacionales que asumían como base ideológica constitutiva, al menos formalmente, la filosofía liberal<sup>3</sup>. Pero no debe



Artículo recibido el 29-10-2017 y admitido a publicación el 17-12-2017.

\*. Este trabajo forma parte del proyecto de investigación HAR2015-65991P “Entre revolución y contrarrevolución. Ciudades, espacio público, opinión y politización (1789-1888)”, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER).

1. “Estabilización y desarrollo del Estado liberal”, en Ángeles LARIO (coord.), *Historia contemporánea universal. Del surgimiento del Estado contemporáneo a la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Alianza, 2015, p. 174.

2. “Las revoluciones burguesas y los sistemas políticos del siglo XIX”, en Julio ARÓSTEGUI, Cristian BUCHRUCKER y Jorge SABORIDO (dirs.), *El mundo contemporáneo: historia y problemas*, Buenos Aires-Barcelona, Biblos-Crítica, 2001, p. 145.

3. *El que no lo vea, renuncie al porvenir. Historia de América Contemporánea. Una visión latinoamericanista*, Santiago de Chile, Ceibo Ediciones, 2016, pp. 46-47.

obviarse tampoco, según sostiene Luis Corvalán, que la creación de los nuevos países en América se encontraría con grandes dificultades, situándose precisamente el momento más crítico y caótico entre 1820 y 1850<sup>4</sup>.

En fin, las oleadas revolucionarias activadas en Europa en la primera mitad del siglo XIX venían a coincidir en el tiempo con la etapa de mayor tensión y debate en torno a la configuración del nuevo mapa político e institucional de la antigua América española. Resulta conveniente, por tanto, abrir nuevas vías de entendimiento y confluencia respecto a los acontecimientos ocurridos en ambos escenarios, más si cabe si tenemos en cuenta, por un lado, la lectura en términos de universalidad que se había fijado en torno a los valores del ideario liberal, y por otro, la conexión precisa que en algunos casos concretos se daba entre lo sucedido a nivel general y lo acontecido en el ámbito más particular. Tal fue el caso de la República de Chile, sumida en significativas tensiones desde los primeros momentos de su independencia, pero que, como otros países de la región, no pudo abstraerse de algunas de las dinámicas que caracterizarían la revolución liberal desde una perspectiva más amplia y universalista.

El complejo escenario abierto en Chile desde la década de 1820 quedaba articulado en buena medida en torno a facciones o grupos ideológicos contrapuestos: los liberales (*pipiolo*s), los conservadores de espíritu tradicional (*pelucones*), los partidarios del establecimiento de un régimen autoritario (*o'higginitas*), y los defensores de un Estado fuerte que propiciase el fin del desorden de los primeros tiempos (*estanqueros*); los tres últimos, “deseosos por arrancar la delicada flor del liberalismo”<sup>5</sup>, y considerados por algunos autores, por tanto, como facciones dentro de un mismo conjunto ideológico definido por su conservadurismo<sup>6</sup>. A la dialéctica liberal/conservador se sumaban otros ejes de tensión relacionados, por ejemplo, con el modelo de articulación del poder entre los distintos territorios del nuevo Estado<sup>7</sup>. En palabras de Julio Pinto, Arturo Mancilla y Carlos Durán,

---

4. *Ibid.*, pp. 45 y 51.

5. Simon COLLIER y William F. SATER, *Historia de Chile, 1808-1994*, Madrid, Cambridge University Press, 1999, p. 55.

6. Por ejemplo, Manuela FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ y Leandro MARTÍNEZ PEÑAS refieren la existencia de un amplio conflicto a lo largo del siglo XIX entre las dos grandes tendencias de la política chilena: la opción liberal, representada por los *pipiolo*s en la década de los veinte y por la facción del congreso en la crisis de 1891; y la opción conservadora, encarnada por los *pelucones* en los años posteriores al gobierno de O'Higgins, y su versión más conservadora, los *estanqueros*, desde cuyas filas configuraría Diego Portales el Estado chileno en la forma que, en líneas generales, adoptaría entre 1830 y 1891 (“Alteraciones violentas de la vida política en Chile (1810-1891)”, *Revista Electrónica Iberoamericana*, vol. 10, 2 (2010), pp. 29-60, esp. p. 53).

7. Como refiere Catalina SALDAÑA LAGOS, en el largo periodo de organización de la República que se abrió tras la independencia, “no exento de conflictos, debates y propuestas muchas veces contradictorias”, aparecía con fuerza el tema territorial. Con todo, la autora propone que las demandas de las elites locales no se correspondían con intentos de alcanzar una autonomía provincial sino por lograr cuotas en el poder central (“Estallidos provinciales. La tensa relación entre las provincias y el centro. Chile, 1830-1860”, *Revista UNIVERSUM*, vol. 1, 25 (2010), pp. 174-186, esp. pp. 175-176). En todo caso, y como sostiene Byron S. ASKEN MONTES, son cuestiones que se entremezclan, de tal manera que, por ejemplo, durante el periodo de la *Anarquía*, entre 1823 y 1830, se configuraron dos proyectos políticos contrarios por parte de las elites: el conservador o *pelucón*, defensor de un Estado centralista, autoritario y librecambista, y el liberal o *pipiolo*, partidario de un modelo de organización estatal más descentralizado, democrático y promotor de la producción del país (“Autonomía y centralismo: la configuración del Estado y la Nación chilena (1823-1830)”, *Naveg@mérica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*, 16 (2016), pp. 1-23, esp. p. 2).

Resuelto (aparentemente) el conflicto de la dependencia externa, quedó al descubierto el conflicto de las dependencias internas. La polarización ‘abstracta’ entre patriotas y realistas dejó paso a la polarización más concreta entre ‘pelucones’ y ‘pipiolos’, y entre ‘centralistas’ y ‘federalistas’<sup>8</sup>.

El panorama descrito contiene algunos de los rasgos que también estuvieron presentes en los procesos de construcción de los Estados liberales en el continente europeo. Aunque sin obviar ritmos y dinámicas propias, el marco compartido de fondo conduce a pensar en una lectura de amplio recorrido respecto al internacionalismo liberal y las oleadas revolucionarias de la primera mitad del siglo XIX, con ejes y proyecciones fuera del propio marco europeo. Las páginas que siguen constituyen una primera aproximación a ese fenómeno desde la perspectiva concreta de uno de los países del Cono Sur americano. En concreto, teniendo en cuenta algunos de los acontecimientos determinantes de aquel periodo en Chile –como la guerra civil de 1829 y el levantamiento armado de 1851, que en buena medida vienen a enmarcar dos de los hitos fundamentales del ciclo revolucionario europeo–, se apuesta por explorar el uso y la referencialidad que alcanzaban las revoluciones de Francia en 1830 y 1848 en la prensa y papeles públicos con las primeras noticias llegadas desde el otro lado del Atlántico, contribuyendo con ello a trazar de manera más precisa el marco de representaciones y significados que fue gestándose en torno a las mismas fuera de escenarios centrales.

No hay que perder de vista, con todo, que la prensa de aquellos años contaba con un restringido público ilustrado, como quedaba patente por las elevadas cifras de analfabetismo, de tal manera que apenas el 13,5% de la población del país sabía leer y escribir hacia mediados de siglo XIX<sup>9</sup>. Pero tampoco cabe obviar el cuerpo político sobre el que se sostenía, que se caracterizaba no solo por contar con un electorado muy disminuido y manipulable tras la Constitución de 1833<sup>10</sup>, sino también por las manifestaciones mayoritarias de indolencia en torno a los asuntos políticos, no siendo sino a partir de mediados de la centuria, y en particular desde la década de los sesenta, cuando el panorama comenzó a cambiar<sup>11</sup>. Ahora bien, esas restricciones legales e indiferencia de la población ante las cuestiones políticas coexistían con la proyección de un modelo de prensa que se definía, en buena medida, por su carácter político y doctrinario, caracterizado por contener escasas noticias –toda vez que respondía a proyectos ideológicos y políticos directos y concretos<sup>12</sup>– y donde resultaba frecuente el control gubernamental a través de mecanismos como la subvención y otros instrumentos de ámbito legal<sup>13</sup>. En todo caso, no estamos ante un escenario cerrado e inalterable. Las diferencias entre el modelo político de los treinta y el de los cuarenta condicionarían

---

8. “Estado, legitimidad, ciudadanía”, en Gabriel SALAZAR y Julio PINTO, *Historia Contemporánea de Chile*, vol. 1, Santiago de Chile, LOM, 2014, p. 31.

9. Eduardo SANTA CRUZ A., *La prensa chilena en el siglo XIX: Patricios, letrados, burgueses y plebeyos*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2010, p. 34.

10. Simon COLLIER, *Chile. La construcción de una república, 1830-1865. Política e ideas*, Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile, 2005, pp. 68-75.

11. Rafael SAGREDO BAEZA, “Opinión pública y prácticas políticas en Chile: 1861-1891”, en *Lo público y lo privado en la historia americana*, Santiago de Chile, Fundación Mario Góngora, 2000, pp. 243-270, esp. p. 247.

12. Carlos OSSANDÓN, *El crepúsculo de los “sabios” y la irrupción de los “publicistas”*. Prensa y espacio público en Chile (siglo XIX), Santiago de Chile, ARCIS-LOM, 1998, pp. 25-29.

13. SANTA CRUZ, *La prensa chilena en el siglo XIX...*, pp. 35-37.



finalmente la propia configuración de la prensa y del espacio público: no en vano, en la primera de esas décadas, coincidente con la presidencia de José Joaquín Prieto, la consolidación del orden autoritario y el control de los medios que ello generaba supondrían la disminución del número de periódicos respecto al decenio anterior, y donde las voces discrepantes resultaban además muy limitadas; en la segunda, con la relativa ampliación de los límites permitidos por el gobierno de Manuel Bulnes junto a los renovados impulsos del pensamiento liberal y la mayor complejidad de la propia sociedad chilena, entre otras cuestiones se asistiría a un nuevo crecimiento del número de cabeceras<sup>14</sup>. En definitiva, pese a las dificultades descritas en campos como la edición y distribución de las publicaciones y en el acceso y consumo de sus contenidos, las publicaciones periódicas se erigirían en el medio por excelencia para la difusión de ideas y el debate público<sup>15</sup>, y como tal, en un recurso fundamental para adentrarse en el proceso de configuración de la opinión pública y de las dinámicas políticas asociadas a la conformación nacional de la nueva república.

### La revolución de 1830: afianzamiento de la independencia y construcción del Estado portaliano

La construcción de la nueva estructura estatal chilena fue tomando cuerpo a lo largo de quince años, los que van de la primera Constitución de Bernardo O'Higgins de 1818 hasta la Constitución de Diego Portales de 1833, situándose entre ambas además tres cartas fundamentales que tendrían escasa vigencia, en los años 1822, 1823 y 1828<sup>16</sup>. Dentro de esos tres lustros se localiza además un periodo de siete años que ha sido caracterizado peyorativamente por la historiografía tradicional chilena como *Anarquía*, si bien es cierto que actualmente esta visión se encuentra en proceso de revisión<sup>17</sup>. En todo caso, desde la perspectiva concreta de nuestro análisis cabría destacar cómo en 1829, en los últimos meses de ese periodo, se asistió a un hecho fundamental: el enfrentamiento civil entre las fuerzas conservadoras del círculo de Portales y el ejército liberal del general Freire, dando como resultado la victoria de los primeros en abril de 1830 e inaugurándose desde entonces un nuevo orden conservador que mostraría su consistencia durante las siguientes décadas<sup>18</sup>. En ese escenario complejo e inestable, recién salido de un enfrentamiento en armas entre las facciones liberal y conservadora, se produjo la llegada de las noticias sobre los trascendentales acontecimientos de Francia en 1830. En este contexto, las lecturas que ocuparon el espacio público chileno en torno a la revolución de julio no resultaron inocuas e inocentes, y eso a pesar de la enorme distancia geográfica que separaba a uno y otro escenarios.

---

14. *Ibidem*, p. 39.

15. Ana María STUVEN, *La seducción de un orden. Las élites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*, Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile, 2000, pp. 66-70.

16. Armando DE RAMÓN, *Historia de Chile. Desde la invasión incaica hasta nuestros días (1500-2000)*, Santiago de Chile, Catalonia, 2015, pp. 69-70.

17. Byron S. ASKEN considera insuficiente su caracterización como caos endémico producto de la ignorancia o como etapa de aprendizaje y formación política, apostando en cambio por una lectura que insiste en su identificación como expresión de las tensiones generadas entre los distintos pueblos soberanos, las cuales se vieron apaciguadas durante la guerra de independencia pero que volvieron a aflorar con las pretensiones centralistas de Bernardo O'Higgins ("Autonomía y centralismo...", p. 2).

18. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ y MARTÍNEZ PEÑAS, "Alteraciones violentas...", p. 39; COLLIER y SATER, *Historia de Chile...*, p. 55.

No hay que obviar además el amplio espacio concedido en la prensa chilena del momento, principalmente de naturaleza política y doctrinaria<sup>19</sup>, a las informaciones llegadas del extranjero. En este sentido, como de manera significativa se apuntaba en el primer número de *El Araucano*, periódico publicado en Santiago a modo de órgano oficial del gobierno conservador<sup>20</sup>, las noticias sobre la situación política de Europa y América “aumentan las delicias de la vida social”, con claros beneficios para el mundo de los negocios, la política y el ejercicio de la ciudadanía<sup>21</sup>. Y pese a la crítica que hacía entonces respecto a la escasa atención que tenían los asuntos del exterior en otros periódicos<sup>22</sup>, lo cierto es que no resultaba una situación ajena al resto de cabeceras, como queda patente, por ejemplo, en las páginas de *El Mercurio*, periódico de Valparaíso que comenzó su publicación en septiembre de 1827<sup>23</sup> y que también dedicaría parte de su espacio a la transcripción de noticias llegadas del extranjero.

En fin, la prensa de aquellos años puede contribuir a calibrar el impacto e interés suscitado en torno a los acontecimientos de París, y por supuesto acerca de su significación y referencialidad desde claves internas. En este sentido, aunque las primeras noticias sobre la revolución en Francia no aparecieron hasta casi cuatro meses después, entretanto se publicaron algunas referencias puntuales sobre las difíciles circunstancias políticas en las que se encontraba el país galo con anterioridad a la caída de Carlos X. Así por ejemplo, *El Mercurio* hacía referencia a finales de julio, apoyándose a una información recogida en el *Morning Chronicle*, a “que los días del gobierno monárquico de Francia están contados” por la tendencia general al republicanismo, “y que una revolución más completa que la de 1789 se aproxima

---

19. Las cabeceras analizadas para estos años se ajustan en buena medida a ese modelo de carácter político y doctrinario, salvo el caso de *El Mercurio*, que avanzaba un nuevo tipo de prensa que ponía mayor énfasis en los contenidos de naturaleza informativa, con menos espacio para los asuntos políticos y que apostaba por la noticia y la objetividad, y el de *El Araucano*, que nacía con el propósito de defender y esclarecer las medidas tomadas por el gobierno, alejándose de las disputas y conflictos políticos, y contribuyendo a la construcción del Estado-nación y a la consolidación de sus bases culturales, jurídicas y políticas (OSSANDÓN, *El crepúsculo...*, pp. 23-47).

20. Eduardo SANTA CRUZ, “Prensa y sociedad en Chile en los comienzos republicanos: *El Araucano* como modelo de prensa estatal”, *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, vol. 23, 1 (2014), pp. 557-566.

21. Según manifestaba, estas noticias del exterior resultaban beneficiosas a la sociedad en su conjunto, “ofreciendo al negociante instruido datos para dirigir sus especulaciones, proporcionando al hombre de Estado nociones de que aprovecharse, y facilitando a los ciudadanos de un país el conocimiento de los sucesos más importantes que ocurren a lo lejos” (*El Araucano*, núm. 1, 17-9-1830).

22. “Hace algún tiempo que los chilenos están privados de estas ventajas; porque los periódicos se han limitado a las ocurrencias del interior, y el que más se atreve a dar un paso fuera del territorio, apenas llega a los confines de la vecindad. Según la escasez de noticias extranjeras parece que Chile hubiese cortado sus relaciones con los demás pueblos del orbe, y que se hubiera circunscrito exclusivamente a los negocios de su pequeño recinto” (*Ibidem*).

23. Este periódico se convertiría tempranamente en el órgano de expresión de la incipiente burguesía comercial de Valparaíso, en el difusor de sus valores e ideas. En buena medida, terminaba siendo el creador de un nuevo estilo de periodismo, con menos espacio para la política y sus luchas y facciones, priorizando los asuntos económicos (Santiago LORENZO, “*El Mercurio* de Valparaíso, órgano de expresión de la burguesía comercial porteña”, en *Lo público y lo privado en la historia americana*, Santiago de Chile, Fundación Mario Góngora, 2000, pp. 225-241; María José SCHNEUER, “Visión del ‘caos’ americano y el ‘orden’ chileno a través de *El Mercurio de Valparaíso* entre 1840 y 1850”, en Ángel SOTO (ed.), *Entre tintas y plumas: historias de la prensa chilena del siglo XIX*, Santiago de Chile, Universidad de los Andes, 2004, pp. 45-77, esp. p. 52; Raúl SILVA CASTRO, *Prensa y periodismo en Chile (1812-1956)*, Santiago de Chile, Universidad de Chile, 1958, pp. 127 y ss).



rápidamente”<sup>24</sup>. Y en los primeros días de agosto, considerando de nuevo el contenido de los periódicos ingleses que habían llegado al puerto de Valparaíso procedentes de Liverpool –cuyas últimas fechas alcanzaban hasta finales de abril–, se mencionaba que “el Estado de la Francia es algo turbulento en la actualidad”, aunque minimizaba el alcance de aquellas turbulencias, y es que “todo quedará en nada [...] porque el aparato no es más que vapor que se disipa con facilidad”<sup>25</sup>.

Las primeras informaciones sobre la revolución datan del mes de noviembre. De hecho, en *El Mercurio* del día 11 se recogía, en un espacio encabezado bajo la expresión “muy notable”, que con la llegada del correo del día anterior desde Santiago había empezado a circular por ese puerto la noticia acerca de “que *la Francia se halla en revolución actualmente*” [sic], aunque las informaciones de aquel “gran suceso” resultaban todavía poco claras e imprecisas en relación, por ejemplo, a las fechas concretas de su desarrollo y las causas últimas que lo habían provocado<sup>26</sup>. El artículo de opinión publicado en el número siguiente se abría manifestando precisamente cómo hasta entonces carecían de datos precisos para apuntar sus motivos, si bien ello no era óbice para marcar el desajuste de la administración francesa como la circunstancia última que de manera inevitable había conducido a una agitación de consecuencias imprevisibles<sup>27</sup>.

*El Araucano*, cuya primera información sobre los acontecimientos de Francia también databa del 11 de noviembre, no contaba tampoco para ese día con un relato preciso sobre el desarrollo de los mismos, pero en las pocas líneas que componía expresamente para introducir la transcripción de las noticias extraídas de otros periódicos –y que encabezaba bajo el ilustrativo título de “Advertencia”– se apresuraba a situar el problema de fondo en cuestiones vinculadas con el agravio de derechos, marcando al mismo tiempo el camino a tomar para garantizar la estabilidad de los gobiernos a partir de ideas como la del respeto a las leyes, el mantenimiento de la libertad y la honradez:

En ellas verán los partidarios del sistema monárquico que los reyes no tienen en sí mismos recurso alguno para contener a los hombres cuando se ofenden sus derechos.

La observancia de las leyes, la conservación de la libertad y la honradez son los únicos resortes que hacen la estabilidad de los gobiernos, sea cual fuere su forma, porque ésta es puramente convencional, y adoptada según las circunstancias de las sociedades”<sup>28</sup>.

Palabras que, como no podía ser de otra manera, deben valorarse en clave interna. Más si tenemos en cuenta que, como reconocía en varios números de aquellas primeras semanas, debía “satisfacer la curiosidad del público” no solo porque desde que se “susurraron” las primeras noticias “se ha manifestado ansioso de saberlas con exactitud”<sup>29</sup>, sino porque esa curiosidad se encontraba “conmovida hasta el extremo por

---

24. *El Mercurio*, 31-7-1830.

25. *El Mercurio*, 9-8-1830.

26. “Según inferimos este acontecimiento, ha tenido lugar a fines de Julio prócsimo pasado o principios de Agosto, consecuencia inmediata de la muerte de Jorge rey de Inglaterra” (*El Mercurio*, 11-11-1830).

27. “La falta de equilibrio de que ha adolecido el establecimiento administrativo de la nación francesa, la ha amenazado con un gran sacudimiento nacional, que al fin debía efectuarse, como ha sucedido ya; y cuyas consecuencias es muy difícil preveer [sic]” (*El Mercurio*, 12-11-1830).

28. *El Araucano*, núm. 9, 11-11-1830.

29. *Ibidem*.

el espíritu de libertad”<sup>30</sup>. Curiosidad y conmoción del público, observancia de las leyes y la estabilidad del gobierno son los ejes que vendrían a encuadrar, si tomamos como referencia las páginas de *El Araucano*, la lectura sobre los acontecimientos de Francia promovida desde las filas conservadoras, y donde se hacían presente –aunque fuese de manera implícita– los riesgos y prevenciones suscitados a raíz de las noticias llegadas del otro lado del Atlántico.

No hay que perder de vista además la situación específica de Chile en la que esto se producía, a pocos meses de finalización de un conflicto armado de carácter civil y a puertas del inicio de un nuevo periodo constituyente. En este contexto difícil y apremiante no resultarían infrecuentes las llamadas a la concordia y la moderación, particularmente desde las filas más próximas al gobierno conservador; pero tampoco las manifestaciones de signo contrario que, mostrando su desacuerdo con la gestión desarrollada por el gobierno en los últimos meses, abrigarían opciones políticas alternativas de más o menos contundencia en sus planteamientos y recorridos. Entre los primeros cabe considerar, por ejemplo, el caso de *El Escrutador* –periódico de Santiago adicto al nuevo gobierno<sup>31</sup>–, para el que “apenas puede creerse que un pueblo civilizado en que la revolución ha dejado tan vivas sus dolorosas lecciones, no cuide de uniformar sus sentimientos para evitar la repetición de aquellas escenas destructoras”<sup>32</sup>, de tal manera que “la unión y la paz” serían las “dos bases sólidas y firmes” en las que “podremos elevar el gran edificio de nuestra feliz prosperidad”<sup>33</sup>. Entre los segundos cabe citar a *La Trompeta*, publicación de Santiago cuyos redactores y editores llegaron incluso a ser detenidos y expulsados de la capital y el país, según los casos<sup>34</sup>, debido a sus continuas críticas “contra los abusos del poder”, y es que, según sostenía en su primer número, “lejos de haber avanzado en más de un año de trastornos, proyectos, esperanzas y promesas, aun nos hallamos en el mismo estado, y en peor situación que la que antes tuvimos”<sup>35</sup>.

En este clima de tensiones y disputas fueron recibidas, por tanto, las noticias sobre la revolución en Francia, las cuales contribuirían en última instancia a intensificar y dinamizar los debates en torno al propio sistema político chileno, posibilitando entre otras cuestiones la generación de nuevos argumentos y juicios para la confrontación, aunque no siempre se hiciese abierta y directamente. En este contexto resultaba fundamental disponer de información fidedigna y actualizada, particularmente en los primeros momentos de confusión e imprecisión, en los que incluso se llegaría a sostener que la revolución de Francia había “conmovido a todos los vecinos” hasta el punto de que, entre otras cuestiones, Fernando VII según algunas noticias había sido asesinado y según otras había logrado escapar<sup>36</sup>. Y resultaba fundamental no solo por el valor de la veracidad de las fuentes en sí mismo, sino por el uso y la referencialidad que terminaba alcanzando en los debates públicos del momento, erigiéndose en última instancia en un artefacto más para la confrontación política. Con meridiana claridad quedaba expresado

30. *El Araucano*, núm. 13, 11-12-1830).

31. SILVA CASTRO, *Prensa y periodismo...* p. 110.

32. *El Escrutador*, núm. 6, 6-1-1831.

33. *El Escrutador*, núm. 7, 29-1-1831.

34. SILVA CASTRO, *Prensa y periodismo...* p. 111.

35. *El Trompeta*, núm. 1, 11-12-1830).

36. *El Mercurio*, 22-11-1830.



en las páginas de *El Trompeta* cuando anunciaba la publicación de noticias recientes extraídas de periódicos europeos bajo el argumento de contrarrestar los juicios críticos y reprobadores recogidos en otros periódicos por aquellos días:

El triste colorido con que algunos periódicos, deshonra de la América, han pintado la última revolución de Francia; el ridículo entonamiento con que los federales de Buenos-Aires han declarado solemnemente que la desaprueban, y el más que burlesco tono de oráculo con que se ha pronunciado en esta ocasión un escritor venal de nuestro país, son consideraciones que nos han movido a insertar las siguientes noticias. Ellas son extractadas de los periódicos europeos de fecha más reciente<sup>37</sup>.

Durante aquellos meses resultaría habitual, por tanto, la publicación de noticias extraídas de diferentes periódicos americanos y europeos, siendo también frecuente la reproducción de artículos sacados de la propia prensa chilena. Ahora bien, a pesar de lo que cabría esperar en cuanto a la selección y filiación de los contenidos copiados, una misma cabecera podría llegar a transcribir textos que presentaban perfiles no sólo distintos sino claramente contrapuestos. Tal fue el caso, por ejemplo, de *El Mercurio*, que al reproducir la información recogida por *El Araucano* –que se basaba asimismo en un artículo de carta de Buenos Aires–, identificaba con cierta complacencia las jornadas insurreccionales de París con conceptos como patriotismo, pueblo, libertad o concordia<sup>38</sup>; mientras que al hacer lo propio con la *Gaceta Mercantil de Buenos Aires*, terminaba transmitiendo una imagen muy diferente al afirmar que no existían motivos que avalasen el movimiento revolucionario, toda vez que Francia ya contaba con los mecanismos legales para poder alcanzar los cambios deseados, además de que se había puesto en riesgo a partir de entonces la paz y el entendimiento general entre países<sup>39</sup>.

68

Los editoriales y escritos propios resultaban, no obstante, más acotados en sus planteamientos, principalmente porque respondían con mayor claridad a los principios y las líneas ideológicas que definían editorialmente a la cabecera en que se publicaban. Con todo, no serían juicios ajenos a los relatos llegados desde fuera, al menos en todos los casos, sino que, sobre todo en sus primeros momentos, venían a ajustar y acomodar esa información al marco específico del periódico y a su particular filiación política. Así puede constatare, por ejemplo, en un artículo de *El Araucano* de finales de noviembre en el que se aludía expresamente al origen, características y significados de la

---

37. *El Trompeta*, núm. 2, 16-12-1830.

38. “El recuerdo de la defensa de París en el día 29 de Julio figurará en la historia como la defensa de Zaragoza, cubierto de un velo fúnebre, y refulgente del más puro y santo patriotismo. Esta guerra de dos días, sostenida por padres de familia, y una juventud heroica, parecía capitaneada por los primeros generales de Europa. Esas masas industriosas, arrancadas de sus pacíficas faenas, y que se arrojaban a la muerte con el mayor entuciasmo [*sic*], hubieran presentado el espectáculo más hermoso sino [*sic*] hubiese amargado la idea, que los que peleaban eran amigos y hermanos. Así es que nunca debe hacerse a esta memorable jornada la injuria de compararla con una sedición. El 28 de Julio es una contestación de la fuerza a la violencia: una victoria cívica cuyos frutos serán la libertad y la concordia” (*El Mercurio*, 23-11-1830, el artículo de carta de Buenos Aires en el que se basaba tendría fecha de 20-10).

39. “Hemos reprobado la revolución francesa porque nuestros principios se oponen a la adopción de las vías de hecho, a no ser que se hallen obstruidas enteramente las legales, y porque no hallamos ningún motivo bastante poderoso que pueda justificar un acontecimiento que compromete la paz general de naciones enteras. [...] Desafiamos al *Francés* que nos pruebe esa esclavitud en que dice gemía la Francia. Al contrario, no trepidamos en asegurar que jamás disfrutó aquel país de mayores goces. Poseía todo lo que habían trabajado por obtener en 1789 los Estados Generales, y cuya consecución fue el objeto de la pasada revolución. Aun quizá tenía más libertad que la que se hallaba en disposición de gozar sin abusar de ella, y tal vez este es el verdadero origen de todos sus males” (*El Mercurio*, 10-12-1830, transcrito de la *Gaceta Mercantil de Buenos Ayres*, de 18-10)

revolución francesa. En este sentido, y en referencia a las circunstancias que habían detonado el movimiento insurreccional francés –aun cuando reconocía que resultaba “temerario aventurar un juicio en las circunstancias presentes” por no disponer de información precisa–, sostenía, en la línea de lo expresado en las páginas de la *Gaceta Mercantil de Buenos Ayres* referidas más arriba, que las circunstancias de opresión que en otro tiempo habían justificado la caída de los reyes no se daban entonces en Francia, donde “todo prosperaba” y “la nación presentaba un espectáculo de extraordinaria magnificencia”, por lo que se preguntaba asimismo si “servirá la memoria de los pasados extravíos para moderar y tener a raya la exaltación del pueblo”, o si “tendrán los caudillos de la presente revolución la cordura, la fuerza necesaria para dirigir la masa inmensa que el espontáneo levantamiento de toda la Francia ha puesto de repente en sus manos”<sup>40</sup>.

Otras declaraciones, más tardías en el tiempo, venían a situar el análisis sobre el significado de la revolución de Francia en un escenario diferente. *La Bandera Tricolor*, cabecera publicada en La Serena y que manifestaba preocuparse particularmente en alcanzar la prosperidad de esa provincia<sup>41</sup>, llegaba a conectar las revoluciones francesas de 1789 y 1830, toda vez que ambas venían a representar la lucha de los pueblos contra la opresión, vinculándose con una lectura del hecho revolucionario –y, en última instancia, en torno a su justificación y legitimidad– fundamentada en el privilegio, el abuso y la arbitrariedad del poder:

La revolución francesa es la reproducción de los principios de 89, y por consiguiente la guerra de los pueblos contra los tiranos; de la libertad contra el poder arbitrario, de la moral contra la depravación de las costumbres, de la industria contra la petulancia de una turba de seres privilegiados por la ociosidad y la rapiña; de las pretensiones modernas contra las antiguas; de las realidades constitucionales contra los sueños y envejecidos errores de una política que pasó. El torrente de la opinión es el que ha triunfado del prestigio carcomido de una corona que creyó poder impunemente hacerse despótica. Si hay monarquías, deben ser temperadas y constitucionales. Pronto llegará el día supremo en que la que se separe de esa línea de demarcación inexorable, debe tronar<sup>42</sup>.

Ambas lecturas encerraban, por tanto, visiones contrarias sobre el significado y alcance de la revolución en Francia, pero cuya proyección última, más allá del ritmo de recepción de la información o de los momentos precisos de publicación, habría que situar en torno a adscripciones y proyectos políticos concretos y definidos en clave chilena. No en vano, esta confrontación en el ámbito público recurría además a otros tópicos y ejes relacionados tanto con la revolución en Francia como con la realidad política de Chile, llegando en algún caso a vincular expresamente los acontecimientos experimentados en uno y otro continente. Así quedaba patente, por ejemplo, en las páginas de *El Araucano* cuando a principios de febrero de 1831 sostenía que “entre todas las revoluciones que refiere la historia de los siglos, no se encontrarán dos que tengan entre sí tanta semejanza como la de Chile en 829 y la de Francia en 830”, que si bien “no son rigurosamente idénticas, al menos parece que la una fuera copia de la otra”, toda vez que el “amor a la libertad y el heroico entusiasmo por el establecimiento

40. *El Araucano*, núm. 11, 27-11-1830.

41. *La Bandera Tricolor*, núm. 1, 3-1-1831.

42. *La Bandera Tricolor*, 13-1-1831. En todo caso, en un número posterior matizaba que “el artículo sobre la revolución francesa nos había sido dirigido por un sujeto que no había querido que lo insertásemos en nuestro periódico en clase de remitido, sino como una de las materias jenerales tratadas por los editores” (*La Bandera Tricolor*, núm. 5, 22-1-1831).



de una administración recta y justa” había llevado a poner “en movimiento los recursos de la soberanía popular para destituir a funcionarios infieles”. Situando la cuestión, por tanto, en un escenario de semejanza –“tan singular como manifiesta”–, llegaba a criticar la contradicción de ciertos escritores del país que en una misma publicación increpaban la revolución de los chilenos mientras elogiaban la de los franceses<sup>43</sup>.

Distinto sería el enfoque desarrollado en *El O’Higginista*, publicación de Santiago que abogaba por la vuelta del prócer a la dirección de los destinos del país<sup>44</sup>. A este medio, la similitud defendida por los “órganos de la facción” le parecía provista de “candor”, particularmente porque a diferencia de Francia, donde los hombres que encabezaron la antigua revolución habían vuelto a conducir la actual, en Chile había sucedido precisamente lo contrario toda vez que O’Higgins había quedado apartado de la dirección del Estado<sup>45</sup>.

En ambos casos, la referencialidad acerca de los acontecimientos de Francia, con sus declaradas semejanzas y diferencias respecto a la situación vivida en Chile, respondía claramente a los contornos políticos en los que se situaban, en un caso en defensa del cuerpo dirigente que se encontraba al frente del Gobierno, en otro en la vuelta al poder de los protagonistas –y modos de actuar– de los primeros tiempos de la independencia. Pero estos ejemplos del *El Araucano* y *El O’Higginista* permiten constatar asimismo que casi tres meses después de la recepción de las primeras noticias sobre la revolución, el juicio sobre ella se encontraba mejor perfilado y amoldado a los marcos políticos que caracterizaban a uno y otro en particular, y al escenario chileno en general. Por ejemplo, desde las filas conservadoras terminaban asumiendo el legado y la proyección del movimiento insurreccional francés, al menos desde una perspectiva que priorizaba su lectura en términos de unidad y armonía, y que en última instancia casaba bien con los principios generales en los que se sustentaba su ideario. Como ya había dejado de manifiesto *El Araucano* a finales de noviembre anterior, el “carácter más notable” de lo ocurrido en Francia “es el pronunciamiento simultáneo de la opinión del pueblo en un mismo sentido sobre toda la extensión” del país<sup>46</sup>.

Ahora bien, más allá de las consideraciones y las valoraciones plurales que fueron generándose en torno a los acontecimientos de julio en Francia, parece razonable sostener que su sombra fue algo más alargada de lo que explícitamente se reconocía. Es decir, los análisis que se hacían sobre política interior no podrían desprenderse, de una u otra manera, de las nuevas realidades que traía consigo el ejemplo francés. Así, cuando en un editorial de *El Araucano* del 4 de diciembre sobre el régimen y administración interior de las provincias se hacía referencia a que “los pueblos desean gozar de una libertad organizada, y exigen un sistema de administración firme, estable y vigoroso que no les exponga a esas alteraciones que frecuentemente los inquietan”<sup>47</sup>, o cuando *El Mercurio* sostenía el 9 de diciembre la necesidad de reformar la constitución entonces vigente “por medios pacíficos, que eviten la anarquía y sus desastrosos horrores, sin tumultos, sin desordenes que asolan inútilmente a los estados”<sup>48</sup>, no podemos dejar de

---

43. *El Araucano*, núm. 21, 5-2-1831.

44. SILVA CASTRO, *Prensa y periodismo...* p. 112.

45. *El O’Higginista*, núm. 3, 12-2-1831.

46. *El Araucano*, núm. 11, 27-11-1830.

47. *El Araucano*, núm. 12, 4-12-1830.

48. *El Mercurio*, 9-12-1830.

pensar, aunque no se recogiese de manera explícita, en lo ocurrido en Francia algunos meses atrás. Aunque fuese de forma indirecta, venía a marcar algunas líneas de actuación en política interna y sin cuyo concurso posiblemente no podría entenderse, al menos en toda su dimensión, algunas de las acciones puestas en marcha en los siguientes años.

Otro fenómeno que resultaba resignificado por los acontecimientos de Francia sería el marco general de las relaciones entre ambos lados del Atlántico, o por lo menos el contorno de las lecturas y las perspectivas que fue trazándose a partir de entonces en torno al mismo. Por ejemplo, en una fase inicial y tentativa en la que aún se desconocían el desarrollo y las consecuencias de la revolución, *El Mercurio* componía un artículo en el que no sólo atendía y valoraba el nuevo modelo político a instaurar en Francia, sino que además manifestaba la trascendencia y conmoción que la revolución podía generar a nivel mundial con la posible ruptura del equilibrio internacional, los riesgos de guerra entre las potencias europeas y, en consecuencia, la oportunidad que ello ofrecía al continente americano para alcanzar su definitiva independencia:

Una convulsión general de la Francia es un suceso de tal importancia que debe escitar el temor de que todo el mundo se conmueva. Muchos de nuestros lectores no ignoran que los tres grandes poderes, que hoy influyen sobre los destinos del mundo moderno, que también se denomina civilizado, son la Rusia [...]; la Francia [...]; y la Inglaterra [...]. En sus manos tiene la balanza que equilibra los poderes reguladores, razón por la cual es necesario prestar oído a las voces que profieran los órganos de la opinión de su gobierno, cuando se quiera formar un concepto sobre las actuales dimensiones domésticas de la nación francesa. El *Courier* dice que la Francia debe limitarse a ser una monarquía moderada, gobernada por leyes constitucionales, para que subsista el equilibrio, por descontado, “sin tendencia al despotismo monárquico o a la turbulencia republicana”. Esta declaración es terminante, es positiva y también es muy fácil deducir las consecuencias que arroja de sí. Considerando por otra parte, que el orgullo nacional de los franceses, cimentado en prodigiosos hechos militares y en un estado de prosperidad envidiable, induzca a los administradores de la nación a pretender erigirse en primer poder regulador, como debe fundadamente inferirse, atendiendo a la obstinación con que han trabajado más de un siglo por conseguir ese su tan suspirado objeto; si lo intentan abiertamente, se colocan en uno de los extremos que según la Inglaterra, pierden el equilibrio, motivo que la obliga a disputar su restablecimiento engolfándose y engolfando a todo el mundo en una guerra, si no hay otro medio de conseguirlo [...].

Si los actuales disturbios de Francia, suscitan una guerra en Europa, las atenciones de ella distraerán a sus políticos, de que se ocupen de América; y por consecuencia, nos será más fácil arreglar definitivamente nuestros asuntos por acá<sup>49</sup>.

Entre las preocupaciones de aquellos días se encontraban, por tanto, las repercusiones que el cambio en el mapa político de Europa pudiese tener sobre el escenario americano<sup>50</sup>. En buena medida, el desafío que aún representaba España con su intento de revertir la situación de independencia de aquellos territorios estuvo muy presente a la hora de calibrar el alcance de lo acontecido al otro lado del Atlántico. En concreto, entre las páginas de *El Mercurio* pueden rastrearse varias líneas de interpretación al respecto: por una parte, sobre las consecuencias directas que la

49. *El Mercurio*, 6-12-1830.

50. Con todo, no faltarían manifestaciones en los primeros momentos que ponían en tela de juicio la posibilidad de un conflicto armado entre países europeos. *El Araucano* sostenía que “en vista de todo, no nos parece que se deba dar mucho crédito a los pronósticos de una guerra continental en Europa, ni desesperamos de que las cámaras legislativas de la Francia, instaladas por la experiencia, procedan con un espíritu de circunspección y templanza que imponga respeto y desarme a los enemigos de la revolución” (núm. 11, 27-11-1830).



insurrección de Francia pudiese tener en España, ya fuera impulsando un proceso similar en este país, o ya fuera condicionando la política que éste tomaba en relación a sus antiguas colonias; y por otro, acerca de los desajustes que provocaba en la escena internacional y los riesgos de apertura de un conflicto entre grandes potencias, que en última instancia podría desviar la atención europea de los territorios americanos.

En definitiva, el movimiento revolucionario francés generaría no pocas expectativas respecto a la inauguración de un nuevo clima internacional que facilitase el mantenimiento y la consolidación de las nuevas realidades estatales americanas, si bien es cierto que no todos compartían esa visión positiva<sup>51</sup>. De la dimensión que alcanzaban esos temores y prevenciones daban buena cuenta las palabras con las que se despejaban las dudas acerca de la actitud que tomaba la nueva Francia respecto a las repúblicas americanas, en las que se anunciaba finalmente el establecimiento de relaciones formales de carácter político y comercial:

Tenemos la satisfacción de anunciar a nuestros lectores que ya han dejado de existir los motivos de rezelo [*sic*], que inspiraban a la América independiente, las relaciones de intimidad e identidad de intereses de la Francia y de la España. S. M. Luis Felipe ha resuelto en consejo de gabinete, celebrar tratados de amistad y comercio con las nuevas repúblicas<sup>52</sup>.

En fin, el movimiento revolucionario francés de 1830 tendría una significativa proyección en el continente americano. Al menos, es lo que se desprende de este acercamiento centrado en los primeros meses, que si bien resulta parcial y limitado en su campo de análisis y tratamiento, permite identificar en cambio algunos de los ejes básicos sobre los que se situó esa proyección.

Desde el punto de vista internacional cabría subrayar la resignificación que comportaba no solo respecto a los marcos de relación Europa-América del Sur, sino también sobre el contorno mismo de la independencia, toda vez que, por ejemplo, se generaba entonces un nuevo escenario más propicio al reconocimiento de las nuevas realidades estatales.

Desde el punto de vista de la política interna de Chile, los acontecimientos de Francia propiciaron la renovación del escenario de confrontación, aportando nuevos temas y argumentos para la proyección de los distintos modelos de gobierno defendidos por unos y otros. En buena medida, no parece que los años inmediatos a la redacción y

---

51. De hecho, como sostenía un artículo de la *Gaceta Mercantil de Buenos Aires* de fecha 18 de octubre de 1830, y que *El Mercurio* transcribía varios meses después: “Se nos quiere persuadir que la revolución en Francia refluirá en beneficio de las nuevas Repúblicas de la América del Sur. Puede ser que la Francia reconozca ahora nuestra independencia, pero esto no será más que dar formalidad a un acto que ya se ejecutó virtualmente con el establecimiento en esta República de un consulado general debidamente acreditado. Hay probabilidad de que se revuelva la España y que se restablezca allí la constitución. Lo único que ganaríamos con esto sería que se suspendiesen por ahora las expediciones, pero por lo demás tan enemigos de nuestra independencia son los constitucionales como los realistas. Demasiados comprobantes tenemos de esta verdad. Los últimos sucesos en Francia pueden también haber determinado a *Fernando VII* a acceder a la proposición del Consejo General de Castilla, que le ha aconsejado a conceder a sus pueblos instituciones liberales. En este caso, recelamos que poco tendríamos que agradecer a la nueva revolución francesa. Ya hemos espuesto francamente los motivos que nos han obligado a reprobar un acontecimiento que ha sido tan celebrado por nuestro contemporáneo y su corresponsal. De todo corazón deseamos que nuestros tristes presentimientos sobre sus ulterioridades salgan fallidos, y que estas sean provechosas a la causa de la libertad y la civilización, como tememos sean perjudiciales a la prosperidad de la misma Francia y la paz general de las naciones” (*El Mercurio*, 10-12-1830).

52. *El Mercurio*, 3-1-1831.

promulgación de la Constitución de 1833 pudiesen abstraerse de los trascendentales cambios que se habían dado en Europa en el marco de la Restauración y respecto a la misma definición y concreción del liberalismo como base para el ejercicio del poder. Así pues, para entender en toda su extensión el proceso de reflexión y cambio desarrollado en Chile durante los primeros años de la década de los treinta no solo parece adecuado considerar la visión particular y significativa desarrollada por sus cabecillas sobre los acontecimientos recientes que se habían dado en el país<sup>53</sup> y la relectura crítica de la experiencia revolucionaria acumulada como factor que permitió dirimir los problemas políticos cruciales que quedaban sin resolver desde la independencia<sup>54</sup>, sino también la referencialidad o desafíos que sobre dicha relectura pudiesen tener acontecimientos externos coetáneos como los movimientos revolucionarios del otro lado del Atlántico. En fin, los debates y las tensiones entre facciones políticas enfrentadas se articularían en planos diversos y complementarios, escenario en el que la función representativa y referencial de los acontecimientos europeos debió de jugar un papel nada despreciable.

### La revolución de 1848: aperturismo político y desestabilización del régimen conservador

Como sostienen Collier y Sater, la coalición conservadora que se hizo con el poder en 1830 sería la primera de las tres alianzas políticas que gobernaron sucesivamente Chile en las siguientes seis décadas, años en los que se “asentaron las bases de una tradición de estabilidad política única en la América española del siglo XIX”<sup>55</sup>. Ello no significa, con todo, que durante el largo periodo del “gobierno autoritario conservador”<sup>56</sup> el país hubiese quedado al margen de tensiones y conflictos políticos y sociales. Y es que, como reconoce Armando de Ramón en referencia a la Constitución de 1833 –base sobre la que se edificó el nuevo orden político–, “una cosa es escribir y jurar una Constitución y otra la tarea de regirse por las normas que ésta había constituido”, quedando definida la historia de Chile en los siguientes años “por una vida política agitada y dura”, que, entre otras cosas, contó con dos momentos importantes de carácter revolucionario en 1851 y 1859<sup>57</sup>.

Pero este convulso ambiente de los cincuenta no podría explicarse de forma aislada, sino dentro del escenario de agudización de las tensiones políticas y sociales que se venía manifestando abiertamente desde la década anterior. Clima de tensiones en el que no faltarían las miradas en torno al marco internacional. De manera significativa, según sostenía el editorial de *El Mercurio* de finales de diciembre de 1843, la disposición de noticias regulares procedentes de Europa quedaba vinculada con el progreso en esta otra parte del globo:

Nos anuncian nuestros corresponsales de Europa que la remisión de los mejores papeles ingleses, franceses y españoles se nos hará en adelante con mayor regularidad; y esto

53. Simon COLLIER, *Ideas y política de la independencia chilena, 1808-1833*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1977, p. 309.

54. Gabriel CID, “Terminar la revolución: el debate político-constitucional en Chile, 1829-1833”, *Revista de Estudios Políticos*, 176 (2017), pp. 17-45.

55. *Historia de Chile...*, p. 56.

56. Pablo ALVARADO, Patricio IBARRA y Cristóbal ZÚÑIGA, “La prensa chilena y la Revolución Francesa de 1848”, *Anuario de Pregrado*, 1 (2004), pp. 1-18, esp. p. 2.

57. *Historia de Chile...*, pp. 69-70.



hará que el MERCURIO ponga siempre al corriente a sus lectores del movimiento de la política y los progresos de las ciencias sociales y económicas en Europa. Los adelantos de nuestro país estrechan cada día más los vínculos que nos ligan a las potencias del viejo mundo, y es por lo mismo tanto mayor la conveniencia para nosotros de estudiar las sociedades civilizadas de aquel continente<sup>58</sup>.

En el marco de la práctica política interna, como ha señalado Cristián Gazmuri, las elecciones presidenciales de mediados de los cuarenta supusieron la reactivación de las pasiones y las rivalidades entre los sectores *pipiolo* y *pelucón* –que habían estado aletargadas durante los años precedentes–, de tal manera que después de la violenta campaña de prensa orquestada desde sectores pipiolo con motivo de las elecciones del presidente, se llegó a alcanzar un ambiente propicio a un estallido cívico-militar<sup>59</sup>. Y aunque la situación logró reconducirse desde el Gobierno *pelucón* mediante políticas de excepción, la situación no volvió sin embargo al marco de inacción y pasividad anterior a 1845. Clima de tensión y pugna que encontraba significativamente un nuevo impulso con la llegada de las primeras noticias sobre la revolución del otro lado del Atlántico, que encontraron eco en los periódicos chilenos desde mayo de 1848, así como por las acciones públicas encabezadas por algunos jóvenes chilenos que vivieron en persona los acontecimientos de Francia y regresaron a Chile poco después<sup>60</sup>.

En efecto, la noticia sobre la revolución en Francia y la caída de la Monarquía de Julio generaron en Santiago claras muestras de alegría, como quedaba patente en las palabras escritas entonces por el cónsul general de Francia en Chile, quien afirmaba que “en el teatro, la compañía italiana y los espectadores cantaron el Himno Nacional y La Marsellesa”. No obstante, también suscitaban conductas en un sentido contrario, ya que, según continuaba señalando el referido cónsul, una parte de la aristocracia “parece aterrorizada”, toda vez que “se teme un acercamiento entre la franca práctica de los principios de la Francia republicana y las pretendidas libertades de Chile, que no son más que mentira y burla”<sup>61</sup>.

Estas primeras muestras de efervescencia y agitación se verían acompañadas durante las siguientes semanas por la extensión de los análisis y los debates en la prensa en torno a las consecuencias que tenía el movimiento francés para el sistema político chileno. En este contexto, los periódicos manifestaban abiertamente sus posiciones en correspondencia con el bando político al que se adscribían<sup>62</sup>, abriéndose finalmente un intenso debate con especial incidencia en la prensa de Santiago y Valparaíso<sup>63</sup>. Así, por ejemplo, *El Mercurio*, cabecera publicada en esa segunda ciudad y defensora por entonces de las ideas liberales, sostenía a finales de mayo que “oponerse al torrente sería suicidarse”, pues “no hay barreras para las ideas y sobre todo para las ideas generosas proclamadas por los hombres sinceros de la Francia”<sup>64</sup>. Barreras que, por supuesto, no

---

58. *El Mercurio*, 31-12-1843.

59. *El “48” chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1998, p. 43.

60. *Ibidem*, p. 63.

61. Jorge EDWARDS, “El decenio de Bulnes a través de los archivos del Quai D’Orsay”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, 74 (1966), pp. 7-25, esp. p. 20. Cit. en GAZMURI, *El “48” chileno...*, pp. 63-64.

62. ALVARADO, IBARRA y ZÚÑIGA, “La prensa chilena...”, p. 16.

63. Rafael ZURITA, “Ecos de Europa: la representación parlamentaria en el Chile liberal del siglo XIX”, *Journal of Iberian and Latin American Research*, vol. 20, 1 (2014), pp. 98-110, esp. p. 102.

64. *El Mercurio*, 30-5-1848 (cit. en GAZMURI, *El “48” chileno...*, p. 64).

podrían contener los esperados cambios en Chile, al que aún le restaba por alcanzar una libertad auténtica y verdadera:

La revolución francesa de 1848, hecha al interés de la humanidad, conducida por la ilustración y sancionada por la religión, traerá a Chile la verdadera libertad y aunque se hagan los más inauditos esfuerzos para contener ese espíritu y este sentimiento que germinando en la tierra hace tanto tiempo, nace hoy con una lozanía y vigor, que nada puede oponerse a su desarrollo<sup>65</sup>.

Desde posiciones conservadoras próximas a los planteamientos del Gobierno se situaba *El Comercio de Valparaíso*, entre cuyas páginas se abrían paso, por tanto, ideas contrarias al cambio y al aperturismo del régimen a partir del ejemplo francés. Incluso algún observador de la época situaba a este periódico como parte de las estrategias desarrolladas por el gobierno para combatir y desactivar la línea editorial mantenida por *El Mercurio*<sup>66</sup>. Entre sus páginas se localizaría habitualmente la firma de Juan Bautista Alberdi, publicista, escritor y abogado argentino cuyo pensamiento resultaría clave para el desarrollo del constitucionalismo de aquel país<sup>67</sup>. Durante su exilio en Chile —entre 1844 y 1855, con residencia en la ciudad de Valparaíso—, participó activamente en la vida pública y política del país de acogida, de tal manera que incluso fue nombrado para el ejercicio de algunos cargos públicos<sup>68</sup>. Pues bien, en sus artículos del mes de junio de 1848 mostraba una visión sobre los acontecimientos de Francia y sobre sus posibles consecuencias en el otro lado del Atlántico que casaba convenientemente con los postulados mantenidos por el Gobierno, principalmente en su rechazo a aquellas ideas que veían en la revolución gala una oportunidad para la crisis y el cambio en Chile. Entre los argumentos que empleaba para minimizar el alcance pronosticado desde otras posiciones políticas se hacía referencia a que el movimiento francés no había hecho sino equiparar a ambos países dentro del sistema republicano y del constitucionalismo democrático, pero que no traía ninguna novedad para el país suramericano, que ya disponía de estas características desde tiempo atrás<sup>69</sup>:

La noticia de la revolución francesa ha sido recibida en Chile con entusiasmo. Gobernantes y gobernados, todos han repetido: ¡Viva la República! Este entusiasmo ha inducido a decir que el Congreso va a abrirse bajo los auspicios de esa revolución, que puede en circunstancias dadas producir una crisis en Chile, vulcanizado y conmovido con las ideas y noticias que le traerá cada vapor. [...]

Cuando una nación ha gozado largos años de paz, como por ejemplo Chile, y ve vinculada a esa paz su prosperidad presente y sus destinos futuros, sus Congresos llegan a ser para esa nación más que cuerpos políticos, cuerpos conservadores de los principios salvadores de la libertad, en primer lugar, y de reformas administrativas, judiciales, económicas y financieras en segundo lugar. [...]

65. *El Mercurio*, 9-6-1848 (cit. en GAZMURI, *El "48" chileno...*, p. 64).

66. El cónsul de Francia en Chile sostenía que el Gobierno había creado *El Comercio de Valparaíso* con la finalidad de combatir las ideas liberales de *El Mercurio*, periódico que también tenía su sede en Valparaíso (ALVARADO, IBARRA y ZÚÑIGA, "La prensa chilena...", p. 3). Debe considerarse asimismo, como sostiene Eduardo SANTA CRUZ, que después de la reelección del presidente Bulnes en 1846, se le quitó la subvención a *El Mercurio* en favor de *El Comercio*, lo que provocó que el primero se situara en abierta oposición al Gobierno (*La prensa chilena en el siglo XIX...*, 36).

67. Carolina BARROS (comp.), *Alberdi periodista en Chile*, Buenos Aires, Verlap, 1997, p. 4.

68. *Ibidem*, pp. 4-5.

69. En el artículo titulado "Comparación del régimen político que hoy gobierna en Francia con el que rige en Chile" afirmaba que todo lo proclamado por la revolución en Francia "existía ya en Chile hace 37 años". *El Comercio de Valparaíso*, 8 de junio de 1848. Recogido en Carolina Barros (comp.), *Alberdi periodista en Chile...*, p. 270.



Pero se dirá: más abajo del Congreso está el pueblo, y el pueblo se embriagará bebiendo de esas ideas nuevas. Vamos a demostrar que esta aseveración está igualmente destituida de fundamento.

¿Qué ha hecho la Francia? Derrocar un trono.

¿Qué forma se ha dado? La República.

¿Cómo se constituirá? Cambiando su constitución monárquica por una constitución democrática.

Chile ha hecho antes de ahora todo esto: ha renegado la monarquía, ha establecido la república y se ha dado una constitución democrática. [...]

Este trabajo que Chile ha hecho ya sobre su constitución política, la Francia lo va a hacer recién, con la diferencia que por lo pronto su trabajo será más de desorganización que de organización, hará más uso del ariete que de la escuadra, y tendrá que barrer las ruinas que amontona antes de empezar la obra de la reconstrucción. [...]

Véase, pues, por este ligero paralelo, cuán infundada es la alarma que se quiere esparcir, porque un pueblo republicano aplaude a un nuevo pueblo republicano, porque las almas generosas adoptan ideas generosas, porque hombres libres proclaman principios de libertad. Regocijémonos por el contrario de que esa revolución haya sido saludada y comprendida del modo que ha sido entre nosotros<sup>70</sup>.

En fin, la tesis principal defendida por Alberdi pasaba por equiparar los modelos políticos establecidos en Francia y Chile, desde cuya perspectiva quedaba desactivada por tanto la idea de que el ejemplo galo podría actuar como revulsivo de cambio para el país americano<sup>71</sup>. Y en cualquier caso, si bien es cierto que reconocía la necesidad de adoptar algunas mejoras en los sistemas políticos de América, éstas no debían efectuarse, como ambicionaban los más exaltados, bajo el impulso de acciones revolucionarias<sup>72</sup> siguiendo el ejemplo de lo vivido en la lejana Europa<sup>73</sup>, sino a partir de reformas y reajustes administrativos como aconsejaban las políticas de la moderación y el orden:

---

70. "Chile y la Revolución Francesa", *El Comercio de Valparaíso*, 2-6-1848 (recogido en BARROS, *Alberdi periodista en Chile...*, pp. 264-265).

71. Idea que hacía extensiva a todo el continente americano. Así, en un artículo titulado "La Revolución Francesa y la América del Sud" apuntaba: "¿No es la América la que ha derramado su sangre por fundar el árbol de la libertad republicana? ¿No es la América la que después de la Joven Italia ha adoptado las palabras simbólicas de igualdad, libertad, humanidad? ¿No es la América la que ha hecho de Rousseau en tiempos pasados y de Lamennais en nuestros días, el vademécum de sus teorías políticas? ¿No es la América la que ha dicho primero: la Europa está vieja y enervada, es necesario que se temple en nuestra energía; que se alimente de nuestro pan democrático; que se regenere en la fuente de vida que ha de brotar de nuestras sociedades tan llenas de vigor y juventud? Si todo esto es cierto ¿por qué alarmarse y suponer que la revolución francesa pueda ocasionar conmociones en América?" (*El Comercio de Valparaíso*, 1-6-1848, recogido en BARROS, *Alberdi periodista en Chile...*, p. 259).

72. En el artículo titulado "Comparación del régimen político que hoy gobierna en Francia con el que rige en Chile", Alberdi afirmaba que "es necesario no equivocarse: la revolución francesa es un revolución más social que política y no es parodiando banquetes y barricadas como hemos de regenerar nuestras sociedades, empobrecidas por la guerra civil y desmoralizadas por la anarquía, sino educando al pueblo, cicatrizando sus llagas, y admitiendo con amor esas ideas evangélicas que, como la abolición de la pena de muerte, han de hacer nuestra felicidad futura" (*El Comercio de Valparaíso*, 8-6-1848, recogido en BARROS, *Alberdi periodista en Chile...*, p. 272).

73. En un artículo titulado "Los miopes ven más clara la libertad a la distancia", refería: "¿No es irreflexivo, frívolo y ligero pensar que una revolución republicana sucedida en el otro continente pueda tener influjo en ésta y comunicarle su agitación, cuando hace 60 años que tenemos en América el ejemplo de una República veinte veces más liberal, que la que se ha proclamado en febrero de este año en Francia?" (*El Comercio de Valparaíso*, 9-6-1848, recogido en BARROS, *Alberdi periodista en Chile...*, p. 273).

Así, el deber de la parte sana y pacífica del país en esto de reformas es separarse de los que quieren arrastrarla a su bandera y convertirla en instrumento de cambios distintos de los que realmente la interesan. Los cambios progresivos que el país quiere no exigen ni sangre ni pelea. No son de sistema, de principios. Son moderados, orgánicos, que se obran poco a poco y pacíficamente. Nadie se opone a ellos, nadie los niega por principios, y en nombre de un sistema retrógrado. Son cambios que jamás se hacen con violencia, pues son obra exclusiva de la razón, de labor y de la ciencia. [...]

Una equivocación en este punto grave y decisivo puede poner a los que desean la quietud, el orden, los adelantos y el bienestar de Chile, en las filas de los que sólo ambicionan en cambiar la constitución política por la revolución y para la revolución de hecho<sup>74</sup>.

No obstante, los acontecimientos posteriores no se desarrollaron precisamente dentro de la quietud y el orden. De hecho, la ya difícil situación política sufrió un evidente deterioro a partir de 1849<sup>75</sup>. No hay que perder de vista las conexiones que este fenómeno tendría con el 48 parisiense. Como refiere Alfredo Jocelyn-Holt, una generación de jóvenes intelectuales y futuros políticos, siguiendo el ejemplo de los acontecimientos de Francia, crearon la Sociedad de la Igualdad, un club político formado por obreros y profesionales que actuaron contra el gobierno conservador e intentaron detener la candidatura oficial encabezada por Manuel Montt mediante desfiles, discursos y barricadas<sup>76</sup>. La Sociedad –cuyo lema sería “Libertad, igualdad y fraternidad” y que empleaba de manera preferente el término “ciudadano” para dirigirse a las personas<sup>77</sup>– no alcanzó sus objetivos, de tal manera que terminaba restableciéndose el orden y se garantizaba la continuidad del régimen conservador amparado por la Constitución de 1833 por algunos años más.

La repercusión de la revolución europea de 1848 en los motines chilenos de 1850 y 1851, e incluso en la guerra civil de este último año, queda fuera de toda duda. Y aunque ya Benjamín Vicuña Mackenna había dejado claramente marcado ese fenómeno en su obra *Los girondinos franceses*<sup>78</sup>, nuevos estudios han venido a redimensionar su proyección posterior por encima de lo concedido tradicionalmente por la historiografía –particularmente en su versión más conservadora–, al señalar que del legado de los acontecimientos chilenos de mediados del siglo XIX “quedan muestras importantes aún en el presente”<sup>79</sup>.



### Consideraciones finales

Las revoluciones de Francia de 1830 y 1848 coincidieron en el tiempo con una etapa de enorme tensión y debate respecto a la configuración del mapa político e institucional de Chile. No resulta una cuestión menor si consideramos que ambos escenarios formaban parte de un sistema mayor en el que resultaría habitual la

---

74. “Naturaleza y carácter de las reformas convenientes en Chile. Ellas son administrativas, no constitucionales”. (*El Comercio de Valparaíso*, 1-6-1848, recogido en BARROS, *Alberdi periodista en Chile...*, p. 278).

75. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ y MARTÍNEZ PEÑAS, “Alteraciones violentas...”, p. 42.

76. Alfredo JOCELYN-HOLT LETELIER, “Los ‘girondinos chilenos’: una reinterpretación”, *Mapocho. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, 29 (1991), pp. 46-55, esp. pp. 46-47.

77. COLLIER y SATER, *Historia de Chile...*, p. 104.

78. Publicada como artículo de prensa en octubre de 1876. Cuenta con ediciones posteriores, entre otras: Benjamín VICUÑA MACKENNA, *Los girondinos chilenos*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1989.

79. GAZMURI, *El “48” chileno...*, p. 205.

circulación de hombres e ideas. Desde esta perspectiva, no solo cabe constatar la existencia en el Atlántico de un espacio político compartido, sino además revisar aquellas lecturas que han puesto el acento en la distancia y la desconexión generada desde la independencia entre Europa y América. Un espacio común, dinámico y en movimiento, que quedaba configurado a través de experiencias compartidas y de correspondencias y trasvases de ideas e información<sup>80</sup>, en ocasiones como resultado de un mecanismo de ida y vuelta<sup>81</sup>. La prensa tendría un especial protagonismo dentro de este proceso, porque más allá del contacto físico entre hombres y mujeres en movimiento, la conformación de ese espacio político no podría entenderse finalmente sin la concurrencia de otros escenarios menos tangibles, pero no por ello menos efectivos, de distribución y circulación de ideas y noticias.

Las revoluciones de Francia de 1830 y 1848 quedaron enmarcadas en el caso de Chile por la guerra civil de 1829 y el movimiento armado de 1851. Las relaciones entre unos y otros acontecimientos no resultaban carentes de sentido, al menos desde la óptica chilena abordada en este trabajo. Por una parte, porque la recepción de las noticias sobre la insurrección francesa de 1830 se hacía en un clima de tensiones políticas en el que aún estaba muy presente la cercanía del enfrentamiento armado, circunstancia que contribuiría no solo a dinamizar la confrontación en el espacio público entre las distintas opciones políticas a partir de la incorporación de nuevos argumentos y referencias externas, sino también a resignificar el propio marco de relación entre Europa y América del sur y el contorno mismo de la independencia. Por otra parte, porque las noticias sobre la revolución francesa de 1848 llegaban en un contexto de reactivación de las pasiones y las rivalidades políticas, generando inmediatamente expectativas de cambio entre los sectores alejados del poder, e impulsando no sólo debates en el espacio público sino además la creación de círculos políticos contrarios al gobierno conservador, aspectos que resultarían fundamentales para explicar las circunstancias de 1851. Y no parece además que la presencia de los sucesos de Francia en el debate público chileno quedase reducida de manera exclusiva a los momentos y las circunstancias políticas esbozadas en este trabajo<sup>82</sup>. En definitiva, la conexión y la referencialidad entre los escenarios y los acontecimientos estudiados resultarían de la existencia de un espacio político compartido, clave en última instancia para comprender buena parte de las dinámicas políticas que afectaron a un marco oceánico que presentaba distancias más cortas a las recogidas en los mapas.

---

80. Para estas cuestiones ver, por ejemplo, Juan Luis SIMAL, “Exils et circulations des idées politiques entre Amérique hispanique et Espagne après les indépendances (1820-1836)”, *Revue d’histoire du XIXe siècle*, 51 (2015), pp. 35-51.

81. Como sostiene Rafael ZURITA, en Chile se dio una significativa circulación de ideas durante el siglo XIX como resultado de las experiencias vividas por un grupo de chilenos –exiliados o simples viajeros– en distintos países europeos (“Ecos de Europa...”, p. 98).

82. Francisco Alejandro GARCÍA NARANJO, “El abismo francés. Los conservadores chilenos y la Francia revolucionaria, 1864-1890”, *Revista Historia y Memoria*, 3 (2011), pp. 13-44.